



Vol. XXIV. 2006 N° 2

REVISTA DE PSICOLOGÍA

Ana Sofía Aparicio

Alicia Barreiro

Jorge Luis Bazán

Sheyla Blumen

Alejandro Castro

Marcela Cornejo

María Laura Lupano

Carla Mantilla

Martín Nader

Ximena Sologuren

Elena Zubieta

DEPARTAMENTO
DE PSICOLOGÍA



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ. 90 AÑOS

REVISTA DE PSICOLOGÍA
Vol. XXIV. Segundo semestre 2006 N° 2

CONTENIDO

ARTÍCULOS

- Martín Nader, María Laura Lupano Perugini y Alejandro Castro Solano.* Adaptación y validación del *Organizational Description Questionnaire*. Un estudio con población civil y militar 151
- Elena Zubieta y Alicia Barreiro.* Percepción social y creencia en el mundo justo. Un estudio con estudiantes argentinos 175
- Jorge Luis Bazán Guzmán y Ana Sofía Aparicio Pereda.* Cuantificadores como evidencia del lenguaje de la incertidumbre: un abordaje psicolingüístico 197
- Carla Mantilla Lagos y Ximena Sologuren de la Fuente.* Criterios para evaluar la eficiencia: hablan psicoterapeutas psicoanalíticos, conductuales cognitivos, racionales emotivos y psicoanalistas 223
- Sheyla Blumen Cohen de Pardo y Marcela Cornejo Lanao.* Una mirada desde el Rorschach hacia la niñez con talento intelectual en riesgo 267
- RESEÑAS** 301

Percepción social y creencia en el mundo justo. Un estudio con estudiantes argentinos

Elena Zubieta¹ y Alicia Barreiro²

Universidad de Buenos Aires

La Creencia en el Mundo Justo (CMJ) desarrollada por Lerner (1965) plantea que los individuos necesitan creer que el mundo es un lugar justo para enfrentar su ambiente físico y social como algo ordenado y controlado. En el interés por aislar invariantes cognitivos, la tesis de la CMJ puede llevar a concluir que estas creencias responden a aspectos naturales, esenciales del ser humano, dejando de lado elementos sociales, culturales e ideológicos. El objetivo del estudio fue examinar la relación de la CMJ (Rubin & Peplau, 1973) con algunas variables sociales. Se realizó un estudio descriptivo correlacional con una muestra intencional de 349 alumnos y estudiantes de la ciudad de Buenos Aires. Los resultados muestran que las medias en CMJ se incrementan con la edad, el nivel educativo, la educación de los padres y el capital cultural. No se encontraron diferencias con relación al sexo. El interés en profundizar el estudio de los sesgos cognitivos se basa también en resaltar algunos de sus tantos efectos como la derogación de la víctima a la hora de justificar comportamientos.

Palabras clave: atribución, Creencia en el Mundo Justo, dimensiones sociales.

Social perception and just world belief. A study with Argentinean students

In the framework of social perception and attribution theories, fundamental bias of Just World Beliefs developed by Lerner (1965) states that people need to see world as a just place in order to cope with an ordered and controlled socio-physical environment. By holding this ideas people can involve in long term proposes as in daily life social regulated behavior. Pursuing the isolation of a "cognitive invariant", Just World Beliefs (JWB) thesis can be seeing as dealing with a natural aspect of human being not conditioned by social, cultural or ideological factors. In the need of recovering social dimension of attribution processes, present study aimed to examine the relationship between Just Word Beliefs (Rubin & Peplau, 1973) and some social variables. A descriptive correlation study was carried out based on a convenience sample of 349 students from Buenos Aires city. As hypothesized, means on JWB increase with age, educational levels, parental education and cultural capital. Similar to previous researches, no differences related to sex were found.

Keywords: Attribution, Just Word Belief, social dimensions.

¹ Licenciada en Sociología (Universidad de Buenos Aires). Doctora en Psicología (Universidad del País Vasco, España). Profesora Adjunta Regular de la cátedra I de Psicología del Trabajo, Facultad de Psicología (Universidad de Buenos Aires). Investigadora Adjunta del CONICET (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas). Correo electrónico: ezubieta@psi.uba.ar

² Licenciada en Psicología (Universidad de Buenos Aires). Becaria CONICET (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas). Jefa de Trabajos Prácticos de Psicología y Epistemología Genética I (Universidad de Buenos Aires). Correo Electrónico: abarreiro@psi.uba.ar

La percepción que tenemos de nosotros mismos, de los otros y de los hechos sociales es uno de los temas centrales de la Psicología Social. Las investigaciones empíricas han demostrado que las explicaciones que los sujetos damos de los eventos y de los comportamientos propios y de los otros están llenas de «supuestos», errores e ideas preconcebidas que no siguen las reglas lógicas del tratamiento de la información, sino que se basan en métodos heurísticos simplificadores. Así, para comprender el comportamiento humano es necesario conocer los procesos cognitivos que median entre la realidad física-objetiva y las reacciones de los individuos.

Son muchos y significativos los desarrollos realizados en el estudio de la percepción y atribución social. Principalmente Heider (1958), a través de su psicología de las relaciones interpersonales, ha contribuido a conformar este campo de estudio. Es indiscutible la importancia que los juicios y atribuciones causales tienen en la vida cotidiana y la frecuencia con que realizamos dichos juicios. Sin embargo, es razonable plantearse cuántas veces se lleva a cabo la actividad reflexiva que las distintas teorías plantean, ya que dicha acción, de manera manifiesta, escapa al pensamiento. La mayor parte del tiempo las personas no buscamos explicaciones ni nos ocupamos de forma activa en controlar las nuevas informaciones. Al realizar tareas que nos son familiares las personas confiamos en «guiones» aprendidos y generales en los que se ha almacenado un conocimiento detallado de cómo conducirnos en determinadas situaciones, qué secuencia de acciones desarrollaremos y así sucesivamente (Langer, 1978). Con la utilización de estos guiones nos eximimos de un razonamiento causal complejo, haciendo uso de un conocimiento social almacenado en la mente que está asociado a una expectativa socialmente condicionada de comportamiento. Mead (1964, como se cita en Blanco, 1996) distinguía entre la conciencia de

estimulación y la conciencia de significado, indicando que esta última hace su aparición en los actos complejos y no en los actos habituales. Es decir, en aquellos que requieren de reflexión, que están sometidos a contraste con los interlocutores y en los que se necesita una toma de posición. En este proceso, la interacción con los otros y el grupo social es un prerequisite y una precondition de la conciencia. La conducta social, en tanto conducta mediada por la estimulación de otros individuos pertenecientes al mismo grupo, se distingue de aquella asociada a la inmediatez de las reacciones orgánicas o al hábito. Como indica Blanco, para Mead no todo acto permite incorporar a la experiencia interna los objetos del ambiente, traer a la conciencia su significado, sino solo aquellos en los que hay implicado un cierto conflicto: «el pensamiento analítico lleva implícito el conflicto entre diferentes líneas de actuación, entre diversas posibilidades de conducta [...] es la expresión de ese tipo de conflictos y la búsqueda para la solución de los problemas la verdadera realidad de la conciencia reflexiva» (Blanco, 1996, pp. 46-47).

Las dimensiones sociales de la atribución: creencias en el mundo justo

Las atribuciones que los individuos realizamos al tratar de entender conductas y eventos, más que perseguir la exactitud, satisfacen sobre todo necesidades adaptativas, de previsibilidad y control. Ante fenómenos inexplicables o calamitosos, las explicaciones del sentido común proporcionan un sentimiento o «ilusión» de dominio. El individuo que se explica una calamidad tiene por motivación llegar a cierto grado de dominio de su mundo físico y social, intentando comprender las causas del comportamiento de los otros y de los acontecimientos. Entre otras, están también las funciones de protección del amor propio positivo de la persona y la de presentarse de manera tal de provocar reacciones favorables.

Un tema clave en la Psicología Social en general y en las atribuciones en particular es el de la dimensión social, al que se le añade el tipo de fenómeno que se intenta explicar. Las argumentaciones que el sentido común hace de eventos sociales como el desempleo, no son tan simples como aquellas referidas a fenómenos de menor relevancia o impacto social en los que probablemente se pueda hacer un mayor énfasis en el funcionamiento de mecanismos cognitivos individuales. En términos de impacto hablamos de lo que Wagner, Duveen, Verma y Thamel (2000) plantean en el marco de las representaciones sociales con relación a que los objetos de la vida cotidiana se vuelven sociales por la forma en que la gente recurre a ellos. En este sentido, a la proposición de que un objeto u evento es relevante socialmente porque su incorporación a la cotidianeidad es fundamental para la identidad personal y social de los individuos, hay que añadir el cómo y de qué manera. Por ello, consideramos importante introducirnos en líneas de investigación que aboguen por dar a la teoría de la atribución un carácter más social, examinando en detalle el origen cultural de las explicaciones, su naturaleza colectiva y las funciones sociales que estas cumplen (Jaspars & Hewstone, 1988).

Dentro de los distintos tipos de sesgos atribucionales están aquellos denominados de «error fundamental», en los que a la hora de explicar una conducta se hace una sobrestimación de los factores disposicionales, al mismo tiempo que se subestiman factores situacionales o ambientales. Subyace a este sesgo el mecanismo explicativo de psicologización o de la actitud que consiste en poner en el punto de mira solo las características individuales a la hora de conocer a alguien, explicar y predecir su comportamiento (Echebarría, 1994). Este «error» está asociado a la norma de internalidad de carácter sociocultural —las sociedades más individualistas hacen énfasis en rasgos o disposiciones de las personas por sobre características de la situación o el contexto a la hora de explicar conductas— y tiene, en contextos de conflicto social, la función de control, homogeneización y sumisión, evitando el impacto de mensajes provenientes de una minoría mediante el cuestionamiento de su credibilidad

(p. e. explicar el desempleo a partir de ciertas características de holgazanería y poco esfuerzo de individuos de un grupo social).

Develando las características culturales que están detrás de este error, Nisbett y Ross (1980) sostienen que es más característico de individuos socializados en la ética protestante y en la concepción de la persona que a ella subyace. El calvinismo, además de estimular la ambición y el individualismo, desarrolla una concepción del yo como agente orientado hacia el mundo, como agente transformador de la realidad más que como sujeto paciente determinado por la sociedad. Desde el marco de la Teoría de las Representaciones Sociales, Farr (1998) plantea que el individualismo debe ser analizado, no como un mero fenómeno cultural, sino como una representación colectiva que integra la «ideología del éxito y el fracaso» sobre la base de las concepciones luteranas y calvinistas en las que cada individuo es responsable de sus propias acciones. Estas «representaciones colectivas» propias de occidente y atravesadas ideológicamente que refuerzan la importancia de la responsabilidad de los propios actos, inducirían a estilos atributivos de mayor internalidad y a otra serie de sesgos entre los que se encuentra el del «mundo justo».

La hipótesis sobre la Creencia en el Mundo Justo (CMJ) fue verificada por Melvin Lerner (Lerner, 1965; Lerner & Simmons, 1966), quien halló en sus experimentos una conjunción de fenómenos en los que aparecía un comportamiento paradójico: a pesar de la experiencia del mal, el sufrimiento y la injusticia, ciertos individuos mostraban una extraordinaria capacidad de ver a aquellos fenómenos como situaciones de carácter anecdótico y en los que se desdibujaba o desaparecía la idea de una probable injusticia de carácter más general en la sociedad.

Tales estrategias cognitivas y argumentativas, que aún constatando el mal, la injusticia y el sufrimiento buscan razones y explicaciones disuasivas de acciones curativas o preventivas, permiten a los individuos confrontar su ambiente físico y social como algo estable y ordenado, a la vez que implicarse en el logro de metas a largo plazo y en la conducta

social regulada de la vida cotidiana. De esta manera, la idea-creencia en un mundo justo es una especie de certeza no criticada de que las personas tienen lo que se merecen y se merecen lo que les sucede y es, para Lerner (1965), esencial y constitutiva del hombre.

A estas estrategias implícitas de encantamiento de lo real subyace la pregunta acerca de si se trata de un proceso de socialización reforzado por la imposición de la programación cultural o bien de una red de lectura constitutiva de la especie. Y, aunque Lerner esté más próximo a la idea de «naturaleza humana»³, las líneas que surgen de su teoría comparten el deseo científico de encontrar ciertos invariables situados fuera de especies culturales y de historicidad que constituirían el punto de apoyo desde el que se podría, si no ya penetrar, al menos organizar la exuberancia de los sistemas de creencias y representaciones ideológicas. Probablemente es en un segundo análisis o nivel que el trabajo de Lerner llevará a integrar los enunciados de creencias que un sistema ideológico determinado ha elaborado. De hecho, varias investigaciones experimentales que siguen su línea de trabajo —aún dispersas y de alcance reducido— son la puerta de entrada hacia una psicología social de las creencias y las representaciones ideológicas (Deconchy, 1988).

Dentro de los trabajos que pueden considerarse una segunda fase en la investigación de la CMJ según la mencionada tesis de un segundo análisis o nivel, está el de Rubin y Peplau (1973), quienes siguen la línea experimental de Lerner y construyen una escala de actitudes que permite poner en relación esta creencia tanto con otros procesos sociocognitivos como con factores micro y macro sociales. Los autores ratifican que hay evidencia, tanto sistemática como anecdótica, de que la gente tiene un fuerte deseo de vivir en un mundo justo, «un mundo en el que la gente buena es recompensada y la gente mala castigada» (Rubin & Peplau, 1973, p. 87). Retomando a Heider (1958), observan que la justicia aparece como una fuerza de obligación moral que los

³ Sobre la postura naturalista de Lerner, que hace aparecer como «natural» lo que es social e ideológico, ver el trabajo de Barreiro y Castorina (en prensa).

individuos tendemos a ver como inherente en nuestro ambiente. Se la concibe como un ajuste armonioso entre felicidad y bondad, «cuando ellas coexisten, sentimos que la situación es como debería ser, que la justicia reina. Por otro lado, la coexistencia de la felicidad con la debilidad es discordante» (Heider, como se cita en Rubin & Peplau, 1973). Así, algunas personas pueden estar particularmente dispuestas a percibir el mundo como justo aún cuando el mantenimiento de esta percepción implique sostener una distorsión cognitiva. Por otro lado, otra gente puede reconocer de manera clara que el mundo es a menudo injusto. La primera clase de personas, con fuertes creencias en el mundo justo, suelen mostrar la tendencia a evaluar a la gente con buenos destinos como más merecedoras y admirables que la gente con malos destinos. En cambio, las personas que creen que el mundo es un lugar arbitrario e injusto tienden a no realizar esta distorsión, tienden a llevar sus evaluaciones en la dirección opuesta, simpatizando con aquellos cuyos destinos son malos y juzgando negativamente a quienes presentan un destino más favorable.

Sistemas de creencias y representaciones ideológicas

Dado que «las personas no pueden no merecer aquellas cosas felices que les suceden» (Lerner, 1965 en Deconchy, 1988, p. 460) los sujetos filtran su percepción y análisis a través de una creencia que consiste en pensar que, más allá de toda evidencia, existe una cierta adecuación entre los merecimientos de una persona y su destino. O bien, como «es necesario que las personas a quienes les sucede algo malo lo hayan merecido» (Lerner, 1965 en Deconchy, 1988, p. 460), se recurre a operaciones perceptivo-cognitivas que degradan al inocente o víctima, subestiman sus atributos e instalan sospechas acerca de sus comportamientos.

Hay muchas razones para creer que la CMJ puede estar condicionada por fenómenos sociales tales como el sistema legal de justicia, la religión, la estructura económica y el sistema de distribución interno.

En países dominados por religiones fatalistas, por sistemas jerárquicos inflexibles de clases o castas y un sistema judicial ineficiente o sesgado, uno esperaría que la creencia en un mundo injusto prevalezca. Aún más, al interior de una sociedad, ciertas variables sociodemográficas como el sexo y la clase pueden predeterminar un rango específico de experiencias —escolarización— que pueden llevar al desarrollo de visiones específicas en los sujetos de un mundo justo.

Centrados en un análisis de segundo nivel y desde una perspectiva alternativa ligada tanto a la escuela francesa de psicología social (Deconchy; 1988; Doise, 1987) como a la sociología (Augoustinos, 1999), la CMJ puede verse como el resultado de un proceso de apropiación ideológica. Es decir, de una creencia que justifica y legitima el orden social dominante y desempeña una función de filtro para la comprensión individual de los fenómenos sociales. En la línea de argumentos que planteábamos en el apartado anterior, algunos estudios empíricos (Furnham, 1991; Mendoza, 2004) señalan una relación entre la CMJ y los valores propios de la ética protestante del trabajo, una de las fuentes ideológicas del capitalismo moderno (Weber, 1985). Las personas que son criadas en la cultura capitalista occidental internalizan valores que serían constitutivos de la CMJ como son el individualismo, el merecimiento y la creencia en una justicia terrenal.

Asimismo, otros estudios muestran que la CMJ aparece significativa y positivamente asociada al autoritarismo, el conservadurismo, el *locus* de control interno y las creencias religiosas. Se asocia también a percepciones de la pobreza, el rol asignado a la mujer, la ayuda a los ancianos, las actitudes sobre roles sexuales, los ingresos personales y las reacciones a la deprivación personal (Furnham, 1992). Se han encontrado también diferencias al comparar países y culturas indicando que la gente en países pobres tiende a creer que el mundo no es un lugar justo. Uno de los hallazgos más robustos en la literatura es que la CMJ ayuda a la gente a afrontar eventos perturbadores o amenazantes (violación, pobreza, racismo) y la experiencia compartida de esos eventos

lleva a las personas a desarrollar una visión consensuada de la realidad. La CMJ es retenida y transmitida a las generaciones sucesivas porque reduce o previene sentimientos de culpa. En los países del tercer mundo la CMJ sostenida por la gente rica y poderosa condena o devalúa al pobre. Así, la CMJ es una variable tanto de personalidad como de psicología social (Furnham, 1992).

El presente estudio se inscribe en los intentos por «desnaturalizar» las estrategias cognitivas que, si bien provocan una necesaria parsimonia con sus efectos de control y previsión, pueden desencadenar también procesos de desvictimización e inhibición de la acción contribuyendo a mantener un determinado *status quo*, o generar procesos de ocultamiento de una realidad más general y compleja. En un estudio previo (Barreiro & Zubieta, 2005) analizamos la relación inversa existente entre las ideas de Justicia Inmanente (Piaget, 1979) y la CMJ a medida que los sujetos incrementan su edad y, de esta manera, su exposición a la socialización secundaria y a la interiorización de prácticas «objetivadas». En este trabajo nos propusimos indagar qué ocurre con la CMJ en relación con aspectos relacionados con la socialización. Es decir, además de la edad y el sexo, qué relación tiene esta creencia con el nivel de escolaridad y los indicadores de status social como son la ocupación y el capital cultural de los padres. Por un lado, se puede pensar que esta creencia tiene mayor presencia en aquellos menos favorecidos como mecanismo para lograr la tranquilidad cognitiva de que en un futuro todo será mejor. Por otro lado, y más cerca de nuestra hipótesis, es posible pensar que esta creencia estará más presente en aquellos más favorecidos y que esta presencia aumentará a medida que los sujetos estén más expuestos a instancias de socialización secundaria, es decir, con la edad y el nivel de educación.

La hipótesis de trabajo es que la presencia de la Creencia en el Mundo Justo aumenta a medida que aumenta el nivel de escolaridad y edad de los sujetos, y que es más fuerte en sujetos de status social y capital cultural más elevado.

Metodología

Se trata de un estudio de tipo descriptivo-correlacional, con un diseño transversal evolutivo.

Participantes

La muestra, de tipo no probabilística intencional, se compone de 349 participantes cuyas edades abarcaban el rango de 9 a 35 años ($\bar{X}$ = 17; DE = 5,95). De ellos, el 9% concurría a una escuela primaria de gestión privada, el 28% a una escuela primaria de gestión estatal, el 26% a una escuela secundaria de gestión estatal y el 37% restante a estudiantes de Psicología de la Universidad de Buenos Aires. Respecto al sexo, el 47% eran hombres y el 37% mujeres.

Instrumentos

Para indagar la Creencia en el Mundo Justo se administró la Escala de Creencias en el Mundo Justo (Rubin & Peplau, 1973). Esta escala está compuesta por dieciséis ítems consistentes en frases referidas a la justicia del mundo que abarcan distintos ámbitos de la vida cotidiana (justicia criminal, trabajo, familia, etcétera) como por ejemplo: «*Una persona raramente merece la fama que tiene*», «*La delincuencia tarde o temprano es castigada*» o «*En casi todos los trabajos y negocios la gente que realiza bien sus tareas tiene éxito*». El sujeto debe indicar su grado de acuerdo con tales frases sobre una escala de seis opciones que sigue una gradación desde «totalmente de acuerdo» hasta «totalmente en desacuerdo».

Respecto a las dimensiones de Mundo Justo y Mundo Injusto que integran la escala, son varios los estudios que analizaron separadamente los ítems de cada una de aquellas encontrando que operan de forma diferente (Furnham, 1985; Furnham & Gunter, 1984; Heaven & Connors, 1988). Furnham (1991) plantea que, si bien tanto en la tesis de Lerner (1965) como en la escala desarrollada por Rubin y Peplau

(1973) aparecen dos «mundos» diametralmente opuestos, uno justo y otro injusto, existe la posibilidad de un mundo azaroso o justo en el que ninguno de los escenarios anteriores ocurre consistentemente. Se argumenta que la creencia acerca de que el mundo es *no justo* es diferente a la creencia de que el mundo es *injusto*. La mitad de los ítems de la Escala de Creencias en el Mundo Justo (Rubin & Peplau, 1973, 1975) sostienen que el mundo es justo y la otra mitad que el mundo es injusto pero ninguno de los ítems indica que el mundo es azar. De esta manera, se puede argumentar que una respuesta intermedia —ni justo ni injusto— indica la creencia en un mundo azaroso y que las razones son diferentes para este tipo particular de respuesta (Furnham & Gunter, 1984).

Procedimiento

Los participantes respondieron un cuestionario integrado por la escala de Creencias en el Mundo Justo (Rubin & Peplau, 1973) y preguntas sobre aspectos sociodemográficos tales como: edad, sexo, escuela, grado escolar, nivel ocupacional y educativo de los padres. La aplicación del instrumento se realizó en los respectivos establecimientos educativos siendo de carácter colectiva en los estudiantes de nivel primario y secundario e individual y auto-administrada en los estudiantes universitarios. La información referida al nivel ocupacional y educativo de los padres de los estudiantes de nivel primario se completó con datos obtenidos de los docentes.

Resultados

En consonancia con estudios previos (Durm & Stowers, 1998), no se encontraron diferencias estadísticamente significativas entre los grupos de hombres y mujeres respecto de la Creencia en el Mundo Justo e Injusto. En relación con la edad, al igual que en el estudio previo (Barreiro & Zubieta, 2004), el análisis de varianza realizado respecto de la Creencia en el Mundo Justo arroja diferencias significativas ($F(7,$

343): 13,04; $p < .001$) entre los distintos grupos. Como se observa en la Tabla 1, las puntuaciones en CMJ se incrementan a medida que aumenta la edad de los participantes. Si la Creencia en el Mundo Justo es una consecuencia cultural, este movimiento es un indicador de aquella tanto como una elaboración cognitiva del sujeto a la vez que un proceso de interiorización que resulta de la relación de este con la sociedad.

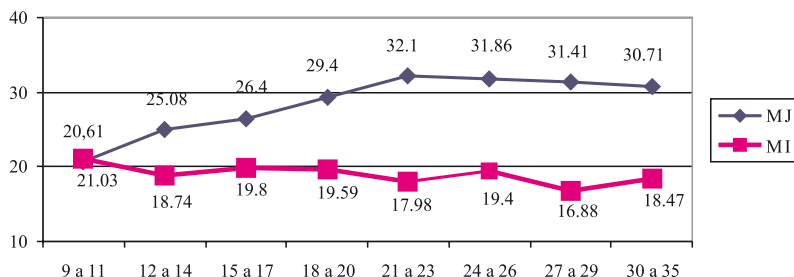


Figura 1. Puntuaciones medias en Creencia en Mundo Justo e Injusto según edad.

Si bien las diferencias de medias en la dimensión de Mundo Injusto (MI) son también estadísticamente significativas ($F(7,345) = 2,96$; $p < .005$) vemos que la tendencia no es tan marcada en comparación con la dimensión de Mundo Justo (MJ). Mientras en MJ se pasa de una puntuación de 20 a 30 a lo largo de los tramos de edad —con picos de 31 y 32— en MI las puntuaciones oscilan entre 21 a 18. Se observa un punto de equivalencia en las puntuaciones en ambas dimensiones en las edades menores —9 a 11 años, donde es superior la idea de injusticia— pero luego comienzan a separarse y la tendencia de MI, después de bajar la puntuación, es de mantenerse con leves movimientos, como una creencia base en la injusticia a medida que aumenta la creencia en la justicia.

Siguiendo nuestra hipótesis de trabajo, era de esperar que la Creencia en el Mundo Justo (MJ) también muestre cambios en sus puntuaciones a la hora de comparar los niveles de educación. Es decir, que a

medida que se avanza en las distintas etapas de la socialización secundaria se registre una mayor presencia de CMJ. Al comparar las puntuaciones medias obtenidas por los grupos de alumnos de nivel primario, secundario y universitario encontramos que estas son significativas ($F(2, 343): 60,55; p < .001$), observándose las puntuaciones más bajas en el nivel primario y las más altas en el nivel universitario (ver Tabla 2).

Aunque más leve, los valores de la dimensión de Mundo Injusto (MI) ($F(2, 346) = 7,12; p < .005$) parecen seguir una tendencia inversa pues disminuyen a medida que se aumenta en el nivel de escolaridad. En comparación con la edad, aquí el aumento en la creencia en la justicia del mundo se ve más claramente acompañado por una disminución en la creencia en la injusticia.

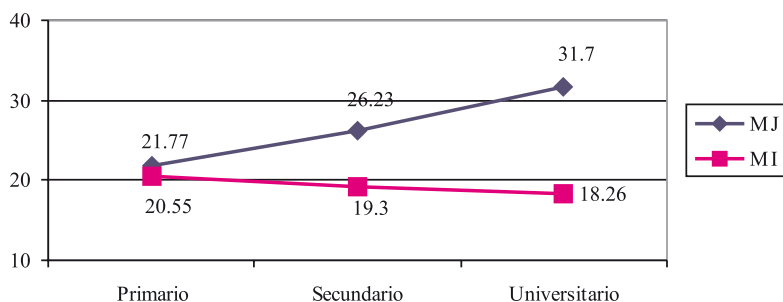


Figura 2. Puntuaciones medias en *Creencia en Mundo Justo e Injusto* según nivel de educación.

Recuperando la idea de Bourdieu (1980) sobre las disposiciones o *habitus*, para analizar la relación de la CMJ con el capital económico y cultural de los padres o la familia, creamos una variable a partir de la combinación de la ocupación y el nivel de estudios de los padres. Ordenados de Bajo a Alto Capital Cultural, las puntuaciones en CMJ aparecen estadísticamente significativas ($F(2, 343) = 39,67; p < .001$), observándose que a medida que aumenta el Capital Cultural aumentan las puntuaciones en CMJ (ver Tabla 3).

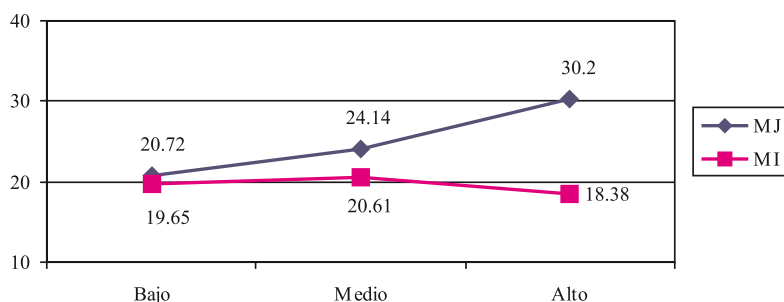


Figura 3. Puntuaciones medias en *Creencia en Mundo Justo e Injusto* según capital social-cultural.

Además de la socialización secundaria, como instancia de interiorización de las normas culturales, el bagaje familiar —en términos económicos y culturales y en tanto indicador de estratos más favorecidos— refuerza el estilo de las estrategias cognitivas en una dinámica similar a la que aludían Bourdieu y Passeron (1976) para el ámbito de la educación y previniendo para esa instancia del peligro de una «reproducción» fruto de una «doble arbitrariedad». En este sentido, podemos pensar a estos datos como otro de los indicadores de un proceso de socialización secundaria reforzado por la imposición cultural a la vez que por el bagaje social familiar.

Respecto de la dimensión de Mundo Injusto (MI), las medias del nivel de Capital Cultural ($F(2, 343) = 8,15; p < .005$), al igual que lo que sucedía con la Edad, no muestran una línea directa descendente. Vemos que en el nivel medio hay una mayor tendencia a creer en la injusticia en comparación con aquellos sujetos de capital cultural alto. Podría suceder —hipótesis en la que habría que profundizar en futuras investigaciones— que probablemente hay en este grupo individuos con cierto nivel y especialidad profesional que, aunque necesitando creer en la existencia de la justicia en el mundo, permanecen más permeables a la percepción y aceptación de la injusticia. Hablamos de un posible compromiso ideológico o de la «toma de conciencia» a la que aluden Barreiro y Castorina (2005) en su trabajo.

A su vez, estos datos nos hacen también pensar en la presencia de respuestas del tipo de «mundo azaroso» o de lo «no justo» en lugar de «injusto» que menciona Furnham (1985). La contingencia de creencias en la injusticia con la aceptación del mundo como un lugar justo da cuenta probablemente de que la estrategia cognitiva de parsimonia de pensar el entorno como justo no es totalmente excluyente con acordar que el azar o la no justicia existen. Esto aparece claramente cuando analizamos las asociaciones entre las variables y encontramos, como se observa en el Cuadro 1, que si bien la asociación entre la CMJ y la CMI es negativa, no es estadísticamente significativa.

Cuadro 1

Correlaciones variables analizadas con Creencia en Mundo Justo e Injusto

	<i>Mundo injusto</i>	<i>Edad</i>	<i>Nivel educativo</i>	<i>Capital cultural</i>	<i>Nivel escolaridad padre</i>
<i>Mundo justo</i>	-,058	,472(**)	,511(**)	,429(**)	,179(**)
	,293	,000	,000	,000	,001
	343	343	344	344	321
<i>Mundo injusto</i>		-,170(**)	-,199(**)	-,159(**)	,002
		,001	,000	,003	,967
		346	347	347	321

** La correlación es significativa al nivel 0,01 (bilateral).

Respecto de las otras variables, las asociaciones obtenidas son las que subyacen a las diferencias de puntuaciones analizadas entre los distintos grupos de alumnos. La edad, el nivel educativo, el capital cultural y el nivel de escolaridad del padre se asocian positivamente a la CMJ. Respecto al nivel de educación de la madre, este no influye directamente sino a través de la educación del padre. Con relación a la CM Injusto, las asociaciones son de menor fuerza en comparación con la dimensión de MJ y, salvo el nivel de educación del padre —asociación que no es significativa—, el resto de las variables mantienen asociaciones negativas.

Discusión

Proponíamos al inicio de este trabajo que nuestro interés principal residía en aportar con datos empíricos a la «desnaturalización» de las distintas estrategias o sesgos cognitivos que tienen lugar en la percepción social. Este objetivo no implica dejar de lado los efectos de adaptación necesarios que cumplen las atribuciones que realizamos en nuestros juicios sociales en tanto nos permiten el control y la previsión que desinhiben la acción. En esta línea son importantes los estudios que evidencian algunos efectos positivos de la CMJ en la salud mental y el bienestar (Dalbert, 1998) o dan cuenta específicamente de la CMJ en tanto estrategia de afrontamiento salugénica en determinados sujetos (Van Soest, 2000).

Sin embargo, estos procesos con formas de «ilusiones de dominio» pueden llevar también a operaciones en las que se enfatizan disposiciones o rasgos individuales para dar cuenta de fenómenos sociales, como es el caso de las causas del desempleo y ubicarlas en la holgazanería o vagancia de las personas obviando factores contextuales y evitando hacer evidente temas de desigualdad. Subestimando atributos en cierto grupo de individuos e instalando sospechas sobre sus comportamientos, degradando a la víctima, podemos hacer del maltrato, por ejemplo, una mera situación anecdótica y no una problemática social. Detrás de estas operaciones está el sesgo o Creencia en el Mundo Justo desarrollado por Lerner (1965), cuyas dimensiones sociales intentamos explorar.

En el análisis que Furnham (2003) hace respecto del progreso de la investigación en CMJ en la última década aparecen las dos caras de la CMJ. Aún cuando la CMJ tenga efectos protectores y sea funcional en ciertos individuos, hay que estar prevenidos de su mayor presencia en sujetos que apoyan el *status quo* y en contextos de asimetría social. La CMJ se asocia también a un mayor nivel de religiosidad, a la tendencia política de derecha y, en los países del tercer mundo, la CMJ sostenida por los ricos y poderosos condena y devalúa al pobre. En su estudio realizado

basándose en una muestra de californianos en EE. UU., Hunt (2000) concluye que la CMJ refleja una experiencia «banca» del mundo.

Como señalábamos al inicio de este trabajo, las personas pueden creer en un mundo justo debido a experiencias y patologías personales, en tanto funcionalismo individual, pero hay evidencia también de que la CMJ es función no solo de las experiencias personales sino también de un funcionalismo social, por ejemplo, de factores sociales y estructurales de un determinado país o sociedad (Furnham, 1992).

Los datos analizados en este trabajo corroboran la hipótesis de trabajo propuesta acerca del incremento de la Creencia en el Mundo Justo a medida que aumenta el nivel de escolaridad, la edad y el status social y capital cultural de los sujetos. Sin embargo, la relación no es tan inversamente clara para la dimensión de injusticia.

De acuerdo al análisis en las asociaciones, las tendencias generales sí aparecen de manera inversa a las encontradas para la CMJ pero presentan mayores fluctuaciones. La relación aparece más clara a la hora de medir las puntuaciones relativas a los niveles de escolaridad, donde se observa que la mayor creencia en el mundo injusto está en el nivel primario y que ésta disminuye hasta encontrar su menor puntuación en el nivel universitario, exactamente lo contrario a lo que sucedía con la creencia en el mundo justo. Estaríamos aquí más cerca de la propuesta de la visión de Mundo Injusto como el otro extremo del continuo que proponían Lerner (1965) y Rubin y Peplau (1973), confirmándose su disminución a medida que se asciende en los estadios educativos pero, al mismo tiempo, como en el caso del capital cultural —y a la ausencia de asociación significativa entre las dimensiones de MJ y MI—, hay también apoyo a la posición de Furnham (1985) acerca de que las subescalas de mundo justo e injusto pueden no ser extremos de un continuo simple sino reflejos de distintas visiones del mundo, como retoma bien Loo (2002) en su trabajo.

Ante lo expuesto, se hacen necesarios más estudios orientados a arrojar luz sobre los distintos elementos que se ponen en juego a la hora de activar el sesgo de la CMJ. Algunos trabajos plantean inquietudes interesantes acerca del interjuego entre CMJ, valores y personalidad indicando que patrones diferentes de valores pueden ser identificados que al mismo tiempo tienen relaciones diferentes con la personalidad (Wolfradt & Dalbert, 2003). Asimismo, parece interesante la relación entre dimensiones de creencias en la justicia, la confianza interpersonal y el compromiso religioso (Bègue, 2002). Las ideas acerca del mérito y el destino, la naturaleza misma del destino o la valencia de un determinado resultado (positivo o negativo) pueden ser aspectos crucialmente importantes a la hora de dar cuenta de la CMJ (Mudrack, 2005).

Siguiendo la tesis de Deconchy (1988) de pasar a un segundo nivel en el análisis de la CMJ para poder ver la relación de esta con otros sistemas de creencias e ideologías, hemos comenzado por indagar algunos elementos que nos permitan acercarnos a la idea de apropiación social más que a la de componente esencial e innato de los individuos. Planteamos algo similar a lo que Doise (1987) propone en el marco de estudio de las representaciones sociales en tanto análisis más dinámicos de *prises de positions*, más cerca de una lectura sociológica.

Referencias

- Augoustinos, M. (1999). Ideology, false consciousness and psychology. *Theory and Psychology*, 9(3), 295-312.
- Barreiro, A. & Castorina, C. (2005). Las creencias en el mundo justo: ¿un invariante cognitivo o una apropiación social?, *Revista do Programa de Estudos -Pós-Graduados Puc-Sp*, 21(2), 103-122.
- Barreiro, A. & Zubieta, E. (2004). Justicia inmanente y creencias en el mundo justo. Dos procesos complementarios. En *XII Anuario de Investigaciones*. Secretaría de Investigaciones, Facultad de Psicología, UBA, 71-78.

- Bègue, L. (2002). Beliefs in justice and faith in people: Just world, religiosity and interpersonal trust. *Personality and Individual Differences*, 32, 375-382.
- Blanco, A. (1996). Vygotski, Lewin y Mead: los fundamentos clásicos de la Psicología Social. En D. Páez & A. Blanco (Eds.), *La teoría sociocultural y la psicología social actual*. Madrid: Fundación Infancia y Aprendizaje.
- Bourdieu, P. (1980). *Le sens pratique*. París: Minuit.
- Bourdieu, P. & Passeron, J. C. (1976). *La reproducción*. Barcelona: Paidós.
- Dalbert, C. (1998). Belief in a just world, well-being and coping with an unjust fate. En L. Montada & M. Lerner (Eds.), *Responses to victimization and belief in a just world*. Nueva York: Plenum.
- Deonchy, J. P. (1988). Sistemas de creencias y representaciones ideológicas. En S. Moscovici (Ed.), *Psicología Social* (Vol. 2). Barcelona: Paidós.
- Doise, W. (1987). Tensiones y explicaciones en Psicología Social Experimental. En D. Páez; A. Echebarría, J. Valencia & B. Sarabia (Eds.), *Teoría y método en psicología social*. Donostia: Publicaciones Departamento de Psicología Social, Universidad del País Vasco (UPV-EHU).
- Durm, M. & Stowers, D. (1998). Just world beliefs and irrational beliefs: A sex difference? *Psychological Reports*, 83, 328-330.
- Echebarría, A. (1994). Sesgos atribucionales. En J. F. Morales, M. Moya et al. (Eds.), *Psicología social*. Madrid: Mc Graw Hill
- Farr, R. (1998). From collective to social representation: Aller et retour. *Culture & Psychology*, 4(3), 275-296.
- Furnham, A. (1985). Just world beliefs in an unjust society: A cross cultural comparison. *European Journal of Social Psychology*, 15, 363-366.
- Furnham, A. (1991). Just world beliefs in twelve societies. *Journal of Social Psychology*, 133, 317-329.
- Furnham, A. (1992). Relationship knowledge and attitudes towards AIDS. *Psychological Reports*, 71, 1149-1150.

- Furnham, A. (2003). Belief in a just world: Research progress over the past decade. *Personality and Individual Differences*, 34, 795-817.
- Furnham, A. & Gunter, B. (1984). Just world beliefs and attitudes towards the poor. *British Journal of Social Psychology*, 15, 265-269.
- Heaven, P. & Connors, J. (1988). Personality, gender and just world beliefs. *Australian Journal of Psychology*, 40, 261-266.
- Heider, F. (1958). *The psychology of interpersonal relations*. Nueva York: Wiley.
- Hunt, M. (2000). Status, religion and the "belief in the just world": Comparing African-Americans, Latinos, and Whites. *Social Science Quarterly*, 81, 325-343.
- Jaspars, J. & Hewstone, M. (1988). La teoría de la atribución. En S. Moscovici (Ed.), *Psicología social* (Vol. 2). Buenos Aires: Paidós.
- Langer, E. J. (1978). Rethinking the role of thought in social interaction. En J. H. Harvey (Ed.), *New directions in attribution research* (Vol. 2). Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Lerner, M. J. (1965). Evaluation of performance as a function of performers reward and attractiveness. *Journal of Personality and Social Psychology*, 1(4), 355-360.
- Lerner, M. J. & Simons, C. H. (1966). The observer's reactions to the "innocent victim": Compassion or rejection? *Journal of Personality and Social Psychology*, 4, 203-210.
- Loo, R. (2002). Belief in a just world: Support for independent just world and unjust world dimensions. *Personality and Individual Differences*, 33, 703-711.
- Mead, G. H. (1964). The mechanism of social consciousness. En A. J. Reck (Ed.), *Selected writings. George Herbert Mead*. Chicago: University of Chicago Press.
- Mendoza, R. (2004). Cultura y actitudes vinculadas a la ética protestante, a la competición y a la Creencia en el Mundo Justo. En D. Páez, I. Fernández, S. Ubillos & E. Zubieta (Coords.), *Psicología social, cultura y educación*. Madrid: Pearson-Prentice Hall.

- Mudrack, P. (2005). An outcomes-based approach to just world beliefs. *Personality and Individual Differences*, 38, 817-830.
- Nisbett, E. R. & Ross, L. (1980). *Human inference: Strategies and shortcomings of social judgment*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall.
- Piaget, J. (1979). *El criterio moral en el niño*. Barcelona: Fontanella.
- Rubin, Z. & Peplau, L. A. (1973). Belief in a Just World and reactions to another's lot: A study of participants in the National Draft Lottery. *Journal of Social Issues*, 29(4), 73-93.
- Rubin, Z. & Peplau, L. A. (1975). Who believes in a just world? *Journal of Social Issues*, 31(3), 65-69.
- Van Soest, D (2000). Impact of social work education on student attitudes and behavior concerning oppression. *Journal of Social Work Education*, 32, 191-202.
- Wagner, W., Duveen, G., Verma, J. & Themel, M. (2000). «I have some faith and at the same time I don't believe». Cognitive polyphasia and cultural change in India. *Journal of Community & Applied Social Psychology*, 10, 301-314.
- Weber, M. (1985). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. México: Premia.
- Wolfradt, U. & Dalbert, C. (2003). Personality, values and belief in a just world. *Personality and Individual Differences*, 35, 1911-1918.